



CAÑELOBRÉ

REVISTA DEL INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA **JUAN GIL-ALBERT**

VERANO 2015 / 23 EUROS



#65

IMAGEN, DISEÑO
Y COMUNICACIÓN
EN ALICANTE
(1975-2015)



CANELOBRE es una publicación del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Organismo Autónomo de la Diputación de Alicante.

Número 65

Verano 2015

23 Euros

Depósito Legal: A 227-1984

ISSN: 0213-0467

Imprime: Quinta Impresión

© Textos: sus autores

© Imágenes: sus autores y propietarios

© Edición: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert

CANELOBRE

Dirección

Pilar Tébar Martínez

Subdirección

Elena Merino Torrealba

Consejo de Revistas

Carmen Alemany Blay
Miguel Ángel Auladell Pérez
José Luis V. Ferris
Santiago Linares Albert
Víctor M. López Arenas
Ricardo Matas Pita
Rafael Poveda Bernabé

Diseño

Rocamoragrafico.es

Número monográfico de **CANELOBRE**
Imagen, diseño y comunicación en Alicante (1975-2015)

Coordinadores

José Piqueras Moreno
Enric Mira Pastor
Daniel Rodríguez-Valero
Miquel Poveda Salvà
Raúl Rodríguez Ferrándiz

Agradecimientos

José Luis Abad, Juan Aís Carrión, M^a Dolores Alba Mullor, Emilio Alcaraz, Albert Alcaraz i Santonja, Juanpe Andújar, Paqui Antón Boix, María Teresa Antón Puentes, José Antón Puentes, Antonio Antón Vázquez, Antonio Aragüez, Miriam Arias, Perfecto Arjones, Rafa Arjones, Pablo Armengol, Verónica Azcárate, Ángel Baeza, José M^a Baeza, Vicenta Baeza, Anna Banyuls, Boke Bazán, Carolina Benavent, Mayte Benlloch Osuna, Soledat Berbegal, Jorge Bernabéu, Esperanza Blanc, Fabián Blanco, Queru Blanco, Joan Borja i Sanz, Toni Bru, Diego Casanova, José Casanova, M^a José Castañer, José Vicente Castaño, Rosa M^a Castells, Alfonso Castroverde, Llorenç Cervera Limiñana, Raül Climent, Esperanza Codina, Ana Córdova, Pepe Crespo, José Antonio Cruz, Mario Cuerda, Andrés de España, Amadeo de la Fuente, Lucía de la Vega, Pablo Distéfano, Francisco Durá, Santiago Dusmet, Thierry Dutel, Raquel Escandell, Antonio Escolano, Ana Espadas, Miguel Espí, Antonio Espinosa Ruiz, M^a Dolores Fernández Poya-

tos, Christian Fortanet, Irene Forteza, Javier Frades, Manuel Galdón, Reme Galindo, Joaquín Gallego, Debla García, María García Torres, Javier García Gómez Díe, Raúl García Sáenz de Urturi, Antonio García-Saúco, María García Torres, Pere Garcimartín, Francisco Garcimartín Vaello, Silvia Garrigós, Lluís Garrigós i Oltra, Miguel Garví, Dionisio Gázquez, Sara Gil, Elena Gomis, Jorge González, Juan Gran, Paco Grau, Rafael Guerra Arce, Roger Guerra, Cristina Guillén, Marina Gutiérrez Oliveira, Gabi Hauff, Mariah Hernández, Julián Hinojosa, Paco Huesca, Winston Hughes, Jorge Iglesias, Arly Jones, Leles López, Juan León Fabrellas, Joaquín López Baeza, Pedro López López, Luis López Vinaches, Ignacio López de Zamora, Carolina Llopis, Rosa Llorca, Mariola Llorca Valero, Oscar Llorens, Ginés Lloret, Fabricio Mancebo, Juan Marco, Manuel Marco, María Marco Such, Gema Martínez, Inmaculada Martínez, Sandra Martínez, Begoña Martínez Deltell, Rosalía Mayor, Rafael Miralles, Elena Misó, Ezequiel

Moltó, Venicia Moreno, Cristina Muntaner, Paco Muntaner, Vanessa Muñoz, Esperanza Navarro Pertusa, Remedios Navarro Mondéjar, Familia Orquín Cano, Miguel Ors Montenegro, Ernesto Ortíz de Zárate, Andrés Orts, Pablo Pacheco, Marisa Palenzuela, Majo Pallarés, José Pascual Tecles, Alfred Pavía, Ignacio Payá, Belén Payá, Emilio Payá, Juan Perán, Rafa Pérez, Francisco Pérez Bayona, Ignacio Pérez Román, Pedro Picatoste, Beatriz Picazo Rodríguez, Antonio Piñero, Rafael Poveda, Olga Pozo, María Teresa Puntos Rodríguez, Manuel Quirante Dueñas, Roberto Ramos, Miguel Ángel Rayas, Sergio Reig, Eduardo Rial, Isabel Rial, Ángel Rocamora, Jaume Ros, Sergio Ros, Sergio Rodríguez, Pablo Ruiz, Ramón J. Sánchez, Miguel Sánchez de León, Luis Sanz, Ángel Svoboda, Pep Sempere, Omar Serrano, Ramiro Seva, Pascual Simón López, María Soro, Patty Stratton, Javier Teba, Marcos Vega Piñera, Antonio Vicente, Orlando Vicente López, Eva Vidal, Gustavo Vílchez, Jorge Villar, Pablo Vizcaíno, Luis Zaragoza.

Otras empresas e instituciones:

Actiu, Archivo Patronato de Turismo de la Costa Blanca, Archivo Fotográfico Diputación Provincial de Alicante, Archivo *Información*, Asociación de la Empresa Familiar de la provincia de Alicante, Ayuntamiento de Benidorm, Ayuntamiento de Xixona, Biblioteca Gabriel Miró, Cátedra de la Empresa Familiar de la Universidad de Alicante, Centro de Documentación del Nexus Design Center, Universidad Politécnica de Valencia, Consejo Regulador IGP Turrón de Jijona y Alicante, Chocolates Valor, La Vila Joiosa, Federació de Sant Bartomeu i Sant Sebastià, Xixona, Gabinete de Prensa Diputación Provincial de Alicante, Germaine de Capuccini, Grupo Pikolinos, ITC Packaging Group, MTNG Experience, Museo de Arqueología e Historia de Elche (MAHE), Museo de Arte Contemporáneo de Alicante (MACA), Museo de la Universidad de Alicante (MUA), Museo del Turrón, Xixona, Museu del Disseny de Barcelona, Nitida Branding, Paco Gil, Small Brand.

Rafael Chirbes

Crematorio



ANAGRAMA
Colección Compactos

Un lugar en el sol. La imagen de Alicante en la literatura española de los últimos años

La provincia de Alicante ha sido una referencia sostenida en diversas obras literarias a lo largo de la historia, bien a través de sus paisajes, bien a través de los modelos de vida que se vinculan a esa tierra, bien a través de sus productos. Si nos referimos a lo último, un ejemplo entre varios es el del vino, mencionado en diferentes obras de la literatura inglesa y, como señala John Maer, con muchas denominaciones distintas: “Alicante”, “Alicant”, “allicant”, “allegant”, “alegaunte”, “allegaunte”, “aligaunte”, “alycaunt”, “alligant”, “ellegant”... Y “el Alicante” es, en la literatura del Siglo de Oro, una antonomasia para referirse, sin más, al vino. De la misma forma, no resulta extraño encontrar en novelas del Realismo alusiones a la “piedra blanca de Novelda”, como ocurre en *Fortunata y Jacinta* o en *Lo prohibido*, de Benito Pérez Galdós; o en *La espuma*, de Armando Palacio Valdés.

En lo que respecta al paisaje, más allá de referencias puntuales de viajeros e intelectuales extranjeros que pasaron por la provincia o residieron durante ciertas temporadas en ella, como es el caso de Valéry Larbaud, los dos grandes autores que han construido literariamente el paisaje alicantino en castellano son, nadie lo cuestionará, Azorín y Gabriel Miró. Y no deberíamos olvidar a Juan Gil-Albert, quien en *Cantos rodados* (1976), por ejemplo, entona una de las más hermosas loas del *locus amoenus* concretado en Benimeli, a propósito de la entrada que le dedica la enciclopedia Salvat (“Cereales, aceite, vino, algarrobas, pasas, almendras, sedas, frutas y hortalizas”). El poeta entra en trance al leerlo: “¿Existe, me digo, sitio alguno en el universo que reúna, con precisión tan escueta y tan depurada, lo poco que necesito, incluida la seda?”; y, poco después: “¡Rodeado de los dones terrestres de mi cultura, la era, la almácer, el lagar. Qué conjunción incomparable, y realmente misteriosa, de pobreza y lujo!”.

¿Qué ha ocurrido desde entonces en la literatura escrita en castellano? Estas páginas pretenden modestamente repasar algunos títulos recientes o muy recientes de novelas, cuentos, confesiones..., que han tenido como escenario algún lugar de la provincia. Menos sentido tendría hacer lo propio con otros géneros, aunque también rinden frutos interesantes. En el teatro, el paisaje suele limitarse a constituir un marco. Por su parte, si en la alta poesía el nudo de la intimidad lírica no suele ser “lo local”, hay poetas que han dejado constancia de una percepción singular de un paisaje que, por analogía o por contagio, les sirve para dar cuenta de sí: es el caso de Antonio Moreno —en sus versos, pero más en escritos confesionales o diarísticos en

prosa—; o, de una manera más objetivada, José Luis Ferris en *Cetro de cal* (Rialp, 1985), una celebración himnica de Alicante. No se trata, en fin, de trazar un recorrido exhaustivo, sino de esbozar una propuesta de lecturas posibles, y de tratar de percibir si existe un denominador común en esos títulos vinculados, si no por otra cosa, por la temática alicantina.

Contra lo que mandan los cánones, comencemos por el final, que al cabo es lo que tenemos más cerca: ya habrá tiempo para retroceder. Por su inmediatez temporal, la primera referencia es *El invitado amargo* (Anagrama, 2014), de Vicente Molina Foix y Luis Cremades. Es esta una narración híbrida y obscena —como hecha en la embocadura del escenario—, a caballo entre la crónica, la novela y las memorias, que cuenta la historia de amor vivida por los dos amantes y autores a comienzos de la década del ochenta, entre 1981 y 1983. Molina Foix y Cremades han escrito de forma alterna los sesenta y cuatro capítulos del libro, y, aunque reflejan sobre todo la vida literaria madrileña, hay episodios ambientados en su tierra natal.

También es muy reciente la novela de Lorenzo Silva *Los cuerpos extraños* (Destino, 2014), donde el brigada Bevilacqua (Vila para casi todos) y la sargento Chamorro, a quienes hemos visto ascender modestamente dentro de la escala de suboficiales de la Benemérita, se enfrentan, cómo no, a un caso de corrupción a gran escala destapado a raíz del asesinato de una alcaldesa de ascendencia nórdica en “una localidad costera levantina de mediano tamaño que no me era desconocida”. Podría ser cualquier pueblo turístico del norte de la Costa Blanca, pero, por si ayuda a desvelar pistas,



fue el asesinato del alcalde de Polop el que le dio a Silva el arranque de su obra: una novela que es de género, sí, pero de ninguna manera una novela menor. Sus peculiares investigadores, un Vila con su mochila existencial a cuestas, entrado en el medio siglo, y una Chamorro al borde de los cuarenta que rumia sus cuitas al lado de su compañero, han terminado constituyendo una de las parejas más solventes de este tipo de literatura. Quizá porque intuimos que tienen un secreto y, sobre todo, porque no sabemos —ni tampoco saben ellos— en qué pueda consistir.



Si hablamos de corrupción (¡ay!), imposible desatender a Rafael Chirbes, que ha situado la provincia de Alicante en el centro de la literatura más reciente gracias, sobre todo, a dos novelas que han contado con los plácemes de la crítica y el fervor de los lectores: *Crematorio* (Anagrama, 2007) y *En la orilla* (Anagrama, 2013). Ciertamente el nombre con que el autor bautiza el lugar de las trapazas y las desvergüenzas, ese emporio del cemento primero y más tarde de la ruina (y de las ruinas), no aparece en los registros cartográficos, pues es un *topos* imaginario de la costa levantina al que, por sus características, sería fácil encontrarle alguna equivalencia real con algunas de las ciudades de la Marina Alta. Misent, el lugar de *Crematorio*, ya había aparecido anteriormente en dos novelas cortas de Chirbes, *La buena letra* (Anagrama, 1992) y *Los disparos del cazador* (Anagrama, 1994), si bien es en *Crematorio* donde ese paisaje destruido —precisamente por “construido”— adquiere densidad casi insoportable. En ese sentido, la literatura de Chirbes anticipa el naufragio de un país en un momento muy temprano, cuando todavía vivía entre el jolgorio y la enajenación los fastos que nos podían hacer morir de éxito (alguien lo dijo, aunque llevando el agua a su molino político): las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla.

Misent es a *Crematorio* lo que Olba a *En la orilla*. A diferencia de Rubén Bertomeu, el arquitecto que protagoniza *Crematorio*, Esteban, el protagonista de *En la orilla*, es propietario de una carpintería que se ha venido abajo con el estallido de la burbuja inmobiliaria. El marjal se convierte en una metáfora



de nuestro tiempo, el lugar al que arrojamos cuanto no queremos ver, pero que, tarde o temprano, regresa para atormentarnos, del mismo modo que el crematorio de la novela anterior no era únicamente el lugar donde sería incinerado el cuerpo de Matías Bertomeu, hermano del protagonista, sino un sumidero de los sueños de una generación entregada idólicamente a la especulación y al enriquecimiento rápido.

En *Lo que esconde tu nombre* (Destino, 2010; Premio Nadal), Clara Sánchez planteó un relato de terror ambientado en la costa levantina, en el que Sandra, la protagonista, se ve envuelta en la persecución de unos criminales nazis que tiene como telón de fondo la ciudad de Denia. Es el mismo lugar en el que Bigas Luna ambientaría la trasposición cinematográfica de *Son de mar* (Alfaguara, 1999; Premio Alfaguara), de Manuel Vicent. Ahora bien, el relato de Vicent, repleto de resonancias grecolatinas y mitológicas, hablaba de una pequeña localidad costera llamada Circea, "la tierra de Circe". Ulises Adsuara, el protagonista de *Son de amar*, reaparece, como su homónimo clásico, en la playa de Circea tras diez años de ausencia.

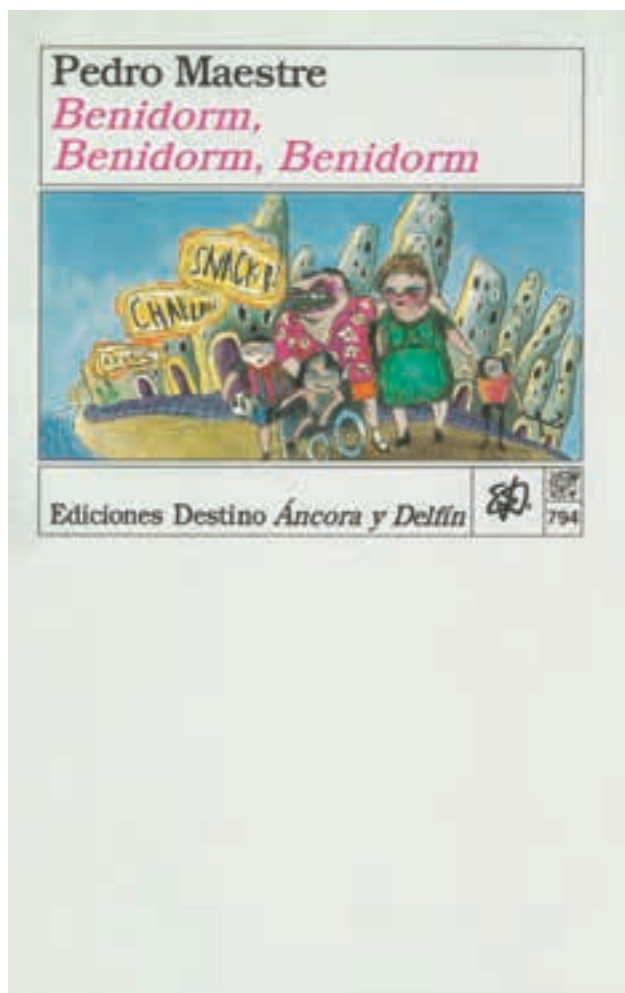
José Luis Ferris regresaría al paisaje alicantino en dos de sus novelas: *El sueño de Whitman* (Fundación José Manuel Lara, 2010; Premio Málaga de Novela) y *El amor y la nada* (Planeta, 2000). En *El sueño de Whitman* encontramos dos historias entrelazadas: la que se centra en el asesinato de Alejandro Gadea en Larache en julio de 1936, que ocupa los capítulos impares; y la que cuenta en primera persona, en la actualidad, Claudio Valbuena, que trabaja para una editorial de Alicante y recibe la visita de Julia, hija del militar asesinado, que acude a la cita con el diario de Alonso Zaldívar, responsable de la muerte de su padre. En *El amor y la nada*, en cambio, la protagonista investiga la relación amorosa que existió entre el poeta Manuel Gilabert (trasunto literario de Miguel Hernández) y una mujer llamada Marcela Duarte.

Rafael Torres ganó el premio de novela Ateneo de Sevilla con *Los naufragos del Stanbrook* (Algaida, 2004), donde relata el periplo de quienes viajaron en el último barco que salió de Es-

paña hacia el exilio, el Stanbrook, un carguero que partió del puerto de Alicante rumbo a Orán con 2638 personas a bordo. Era el 28 de marzo de 1939. El capitán galés Archibald Dickson decidió embarcar al mayor número posible de personas y emprendió ese último trayecto hacia el exilio en mitad de la noche y con el barco totalmente a oscuras. Unas veinte horas más tarde llegó a Orán, donde las autoridades francesas solo dejaron desembarcar a las mujeres y a los niños. El resto del pasaje permaneció en el Stanbrook durante casi un mes. Son las pesadillas de una memoria renuente a dimitir.

En 2003, la novelista eldense Elia Barceló publicó una pequeña joya de la literatura fantástica, la novela breve *El secreto del orfebre* (Lengua de Trapo, 2003). Se trata de una novela escrita sobre la plantilla de *Regreso al futuro*. De todas maneras, el referente cinematográfico solo es el punto de partida, ya que *El secreto del orfebre* es, al menos en su esquema, una novela rosa o de amor orquestada sobre la excepcionalidad de un bucle temporal; pero, en el fondo, todo eso solo es un marco para reflexionar sobre los dos grandes temas que en el mundo han sido: *eros y thánatos*. Ambientada en Villasanta de la Reina, una ciudad imaginaria de la región de Umbría —"el país de las leyendas, según reza nuestro eslogan turístico"—, en las páginas de *El secreto del orfebre* es fácil reconocer algunos lugares de Elda. Son tres los tiempos narrativos que confluyen en *El secreto del orfebre*: 1999, 1974 y 1952. Toda la historia la cuenta el protagonista desde Nueva York, en los últimos días de 1999.

En 1996, el también eldense Pedro Maestre obtuvo el Premio Nadal e irrumpió en el panorama literario con una novela titulada *Matando dinosaurios con tirachinas* (Destino, 1996), donde, de una forma directa y fragmentaria, contaba su existencia en Alcoy junto a su novia. El protagonista (y el autor) era un joven de veinticinco años, recién licenciado en Filología, que trataba de buscar empleo y sobrevivía en mitad de la irritación, el desasosiego y el desamparo. En cierto modo, fue este un libro generacional, precursor de la Generación Nocilla, con el que Maestre ponía en evidencia la falta de expectativas, pero

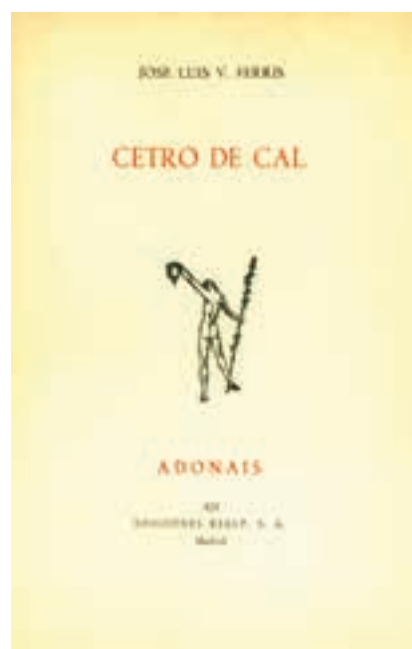
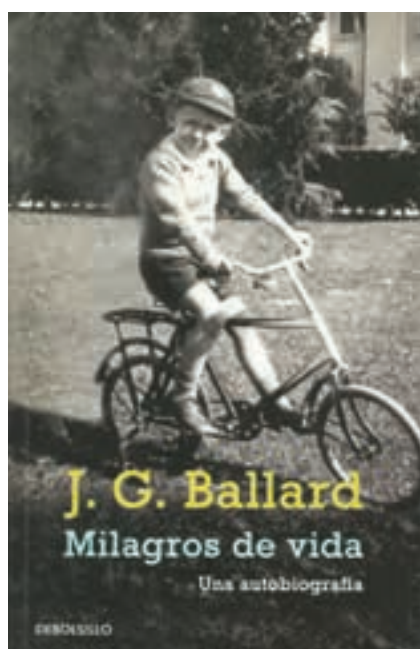


también de recursos, de los jóvenes cuando salían de la universidad a un mundo que no los esperaba. A los sacerdotes de las esencias patrias, la novela de Maestre les indignó no poco, toda vez que renunciaba a emplastos y liturgias para desvelar el vacío que se oculta tras el ruido de clarines y atabales, o tras la purpurina de los valores locales. A *Matando dinosaurios con tirachinas* le siguieron dos novelas ambientadas también en Alicante: *Benidorm, Benidorm, Benidorm* (Destino, 1997), el relato de un hombre del norte de España que pasa sus vacaciones en Benidorm; y *Alféreces Provisionales* (Destino, 1999), una suerte de precuela —válganos el término— de la novela del Nadal en la que Maestre relata sus años escolares en Elda.

Libro fundamental en este recorrido es *Alacant blues: crónica sentimental de una búsqueda* (ECU, 2008), de Mariano Sánchez Soler, edición definitiva —maticemos: definitiva “por ahora”— cuya primera edición fue publicada en 1992 por el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert (y una segunda, de 2002, por Aguaclara). En realidad, *Alacant blues* era una crónica inicialmente concebida para ver la luz con periodicidad semanal en la prensa (lo hizo en *La Verdad* de Alicante entre el 30 de agosto de 1992 y el 21 de marzo de 1993), pero acabó convirtiéndose en novela. En *Alacant blues*, un detective, Terratrèmol, regresa a su ciudad tras muchos años de ausencia y recibe un misterioso encargo: encontrar “*Alacant, la ciutat on vaig nèixer, els carrers de la meua infantesa, la memòria*”. En las páginas de la novela se cuenta el reencuentro con una ciudad que, a ciertas alturas de la existencia personal y de la ajena, ya no se reconoce como propia.

Último acorde para la Orquesta Roja (Aguaclara, 1990) es el título de una novela de Luis T. Bonmatí, compleja estructuralmente y espléndidamente conducida, de la que se podría decir lo que de Gabriel Ferrater sentenció Gil de Biedma: hubiera llegado mucho más lejos con los mismos defectos pero con algunas virtudes menos. La novela refiere, si sirve la evocación unamuniana, *cómo se hace una novela* (en este sentido, anticipa el procedimiento que usaría Javier Cercas en *Soldados de Salamina*) y relata el proceso de su composición. El resultado es una novela-término que, desde luego, acaba siendo *otra* diferente a la que el autor pretendía. En Alicante, donde escribe Bonmatí, reside Michel Barcza, hijo de un espía ruso que se vendió a los nazis, quien informa al autor del sinuoso proceso de búsqueda de identidades que Bonmatí ha de verter en el papel. La narración teje —reconstruye— una alambicada historia de espías en varios niveles textuales. El autor, que escribe al dictado argumental de Barcza, hace también las veces de editor de un manuscrito inserto en el marco de su novela, en la que se integra tras atravesar los pasadizos del ayer.

Bonmatí es autor, además, de una *novela de cuentos* —la llamamos así a falta de un rótulo adecuado y universalmente aceptado— titulada *La llanura fantástica* (Huerfano y Fierro, 1997): una taracea, sin duda un libro mayor, en que se concitan historias que convergen, se cruzan, se superponen, se prolongan en brotes sucesivos..., siempre en torno de un mito clásico conveniente y pertinentemente actualizado. En la llanura en cuestión resuena el espíritu fantasmático de Rulfo: el de los cuentos, cuyo título, *El llano en llamas*, resuena en este; y el de *Pedro Páramo*, cuyo Comala se transparenta aquí. Pero el lugar de Bonmatí, que aunque tiene



entidad específica carece de nombre completo, es el llamado "C.": punto cero de una asombrosa experiencia narrativa, pero también el Catral donde nació el autor.

Uno de los narradores que más atención ha prestado a la ciudad de Alicante en su escritura ha sido, sin duda, Enrique Cerdán Tato. De toda su obra, que se reparte entre novelas, cuentos, crónicas y un buen número de artículos, escogemos la novela *Sombras nada más* (Laia, 1985), cuya acción transcurre en Puebla del Socorro, villorrio de "ochenta y dos almas censadas" ubicado en la Vega Baja del río Segura y trasunto novelesco del pueblo donde ocurrió el *sucedido* que sirve aquí de arranque argumental: un diluvio de millones con que la lotería de Navidad anegó a sus habitantes. El final de la historia real, según parece deducirse de la novela, es desesperanzador: el pueblo, amarrado al pasado y reacio a la aventura creativa, quedó al cabo sumido en el marasmo al que se condenan quienes carecen de iniciativa. Esta anécdota real adquiere en la novela una proyección extraordinaria. Leo Ros, reportero de un semanario madrileño, se asentará en la zona, más por su caprichosa tozudez que por la importancia noticiosa del hecho, para indagar sobre el paradero de esos millones —que en apariencia no le habían correspondido a nadie— y proyectar luz sobre el impenetrable secreto del pueblo, respecto al que sus habitantes mantenían una complicidad sin fisuras. Este hilo argumental va ensartando historias laterales disparatadas, hiperbólicas y de cariz esperpéntico, ocurridas entre el siglo XVIII y el XX, con alusiones a conocidos hitos del pasado inmediato: represión tras la guerra civil, referéndum del 66, victoria socialista en el 82...

Termina este breve recorrido con dos alusiones a otros tantos autores que vivieron en la provincia de Alicante. El primero es J. G. Ballard, escritor británico nacido en Shangai y creador de algunos títulos fundamentales de la ciencia-ficción distópica, como *Crash* (1973), y de la célebre novela *El imperio del sol* (1984), llevada al cine por Steven Spielberg en 1987. En sus memorias, *Milagros de vida* (Mondadori, 2008), publicadas un año antes de su muerte, el escritor relata la muerte de su esposa, Mary Ballard, en Alicante, ya que ha-

bían alquilado un apartamento en San Juan durante el verano de 1963 para pasar las vacaciones junto a sus tres hijos. En *La bondad de las mujeres* noveló el episodio de la muerte de su esposa, pero en tal ocasión cambió la playa de San Juan por la Costa Brava.

El otro autor extranjero que residió en Alicante fue el afroamericano Chester Himes, conocido sobre todo por sus novelas de serie negra, que falleció en Moraira en 1984 y está enterrado en el cementerio municipal de Benissa. Himes empezó a escribir relatos durante su estancia en la cárcel, de la que salió en 1935, pero alcanzó la fama en 1945 con su primera novela: *Si grita, déjalo ir*. Desde 1953 solía pasar largas temporadas en Francia, y en 1956 se instaló en París. Es en ese momento cuando empieza a escribir la serie de novelas protagonizadas por dos detectives negros de Harlem, Ataúd Johnson y Sepulturero Jones, que se publicaron entre 1957 y 1969. Ese último año, a petición de su esposa, Leslie, se trasladó a España; vivió durante seis meses en la ciudad de Alicante, y más tarde se radicaría en Moraira, donde terminó residiendo en el número 122 de la urbanización Pla del Mar.

Echando atrás la vista, no parece que las tierras alicantinas, muy presentes en la literatura actual, privilegien un modo narrativo por encima de otros, o un estilo determinado, ni siquiera —aunque en este punto habría más que discutir— un tópico relacionado con lo que todos suponemos saber. Lo que para unos autores es el santasanción de la infancia, para otros es el lugar del retiro tras el cansancio del mundo; lo que para unos es la metáfora de los desafueros urbanísticos, para otros supone la remisión al paraíso de los antiguos mitos mediterráneos, o incluso un lugar bajo el sol —o en el sol— donde mirar hacia los adentros. Algo, en fin, polisémico y disperso, ambiguo y destellante de irisaciones, plagado de matices a pesar de la calcinación solar que, cuando cerramos los ojos, envuelve en llamas el paisaje: más o menos como la vida misma.